

La Nación, Santiago de Chile
Noviembre de 1999

Eduardo Labarca

Inorgánicos y desorganizados

En este siglo existió un tiempo en que antes de hablar o escribir muchos intelectuales chilenos –como periodista, ensayista y novelista me atrevo a incluirme en esa vaga categoría– nos preguntábamos si nuestra palabra “ayudaría” a la causa política que habíamos abrazado o “ayudaría al enemigo”. Esa actitud hundía sus raíces en los años en que el ataque nazi-fascista había obligado a la cultura a una reacción de congresos, trincheras y manifiestos.

En noviembre de 1937, tras el asesinato de Federico García Lorca en España y en vísperas de la invasión de Polonia por la Alemania de Hitler que desencadenaría la segunda guerra mundial, se fundó la multitudinaria Alianza de Intelectuales de Chile cuyo primer presidente fue Pablo Neruda. De ahí en adelante la adhesión de los intelectuales, y especialmente de los artistas, a las grandes causas de la época y su militancia política y partidaria serían algo normal a lo largo de varias décadas. En vísperas del golpe militar de 1973 la mayoría de los creadores chilenos –músicos, cantantes, pintores, escultores, bailarines, actores, cineastas, escritores– nos considerábamos de izquierda. Muchos pertenecíamos al Partido Comunista o a su zona de influencia y otros eran militantes o simpatizantes de los partidos Socialista, MIR, Radical o –más hacia el centro– de la Democracia Cristiana. Los artistas de derecha no pasaban de un puñado. Entre los académicos, profesionales y periodistas las fuerzas se distribuían de manera más amplia y variada.

Para los intelectuales chilenos militantes la toma de posición política no consistía en una adhesión pasiva simplemente. En las comisiones y departamentos de cultura de los partidos y de los comandos electorales actuaban figuras de prestigio nacional e internacional y numerosos artistas entendían que su deber era marchar hacia el pueblo, crear en el seno del pueblo, con el pueblo, para el pueblo. Esta tendencia se aceleró en los años 60, alcanzó su apogeo en los tres años del gobierno de Allende y tuvo una prolongación en el exilio. En líneas generales, los pronunciamientos de esos artistas comprometidos se ceñían a los programas, orientaciones y objetivos trazados por los dirigentes de los partidos, y sus creaciones solían llevar el sello de la causa asumida.

El golpe militar de 1973, la represión y el exilio diezmaron en Chile las filas de la intelectualidad. Pero los hijos del apagón cultural que fueron ocupando el vacío

se alinearon por necesidad e instinto y de manera aplastante contra la dictadura. Esa toma de posiciones ya había adquirido su plena madurez para el plebiscito. En la campaña del NO florecieron la imaginación y las potencialidades acumuladas de los creadores chilenos. Entre el SI y el NO la decisión fue de blanco y negro, una elección entre pinochetismo y democracia, con cero matiz, cero posiciones intermedias. De ahí que en el pronunciamiento de los intelectuales por el NO se advirtieran reminiscencias del compromiso militante de otras épocas.

El gris y sus gradaciones infinitas vinieron después, llegaron con la transición, con las frustraciones de esa transición. El desencanto de los intelectuales que afloró bajo el gobierno Aylwin terminó de adquirir cuerpo bajo el gobierno Frei. Con cierto retardo respecto de Europa debido a los años de dictadura, los intelectuales chilenos despertábamos a la realidad de un fin de siglo en que los partidos políticos y el poder se encontraban desvalorizados, despojados del prestigio y la capacidad de atracción que otrora habían exhibido. Los partidos o gobiernos que iluminaban la senda del “intelectual orgánico” –ese hombre o esa mujer del mundo del arte y la cultura que prefería callar antes que “perjudicar a su causa”– habían hecho crisis y perdido la fuerza inspiradora. El propio intelectual orgánico no tenía ya razón de ser, si es que alguna vez la había tenido. Ni siquiera el caso Pinochet ni la sorprendente actuación de los ministros Insulza y Valdés o el singular duelo Lagos-Lavín imponían ya disyuntivas de blanco y negro que obligasen a elegir entre una postura infamante y otra políticamente correcta.

Ese despertar llegó acompañado por una sensación desconocida de vacío que ha llevado a muchos intelectuales chilenos, habituados a andar por el mundo con las muletas que los partidos y el poder nos ofrecían, a sentirnos en ocasiones desamparados, traicionados por la política y el poder. Huérfanos de las antiguas tutelas, a veces caemos en la depresión, cuando no en la exasperación. Tal vez nos asusta tener que definirnos en soledad ante nuestra conciencia frente a cada acontecimiento, cada día, cada hora, en cada minuto, en cada conversación, en cada contienda electoral, cada vez que ejercemos nuestros fueros creativos o el derecho a la palabra. Imbuidos de una libertad desconocida, nos pesan las nuevas, ilimitadas responsabilidades derivadas de esa libertad. La fuerza potencial que advertimos en esta libertad recuperada llega a desconcertarnos y hace que por momentos nos sintamos pequeños, débiles.

En Francia, Mitterrand invitaba a comer a los intelectuales que aventaban sin pelos en la lengua sus críticas acerbas en la propia cara del presidente. En Austria, donde vivo, un país en que toda actividad cultural está directa o indirectamente subvencionada, he oído a una escritora criticar acremente en una entrega de premios a la propia institución que la estaba galardonando. Es que los papeles se han alterado: antes los intelectuales agradecíamos que la política nos brindara sus luces; hoy, el poder, con la mala conciencia de sus ruindades intrínsecas, agradece –cuando tiene el valor de dar la cara– el oxígeno que podemos aportarle. Con todo, el afán de ellos y el nuestro pertenecen a ámbitos distintos y el saludable malentendido entre el político y el intelectual está llamado a ser desde ahora una constante.

La adhesión incondicional de muchos intelectuales a movimientos políticos del pasado representó una aportación coadyuvante en los momentos estelares de este siglo; pero esa adhesión se consumió a menudo al precio de silencios que hoy nos avergüenzan respecto de hechos infames que en aras de la causa no convenía destapar. Hoy, muerto el intelectual orgánico, nuestra voz fragmentada recupera su integridad fructífera. No se trata de un coro, de un conjunto de voces uniformes obedientes a los caprichos del que agita la batuta. Se trata de muchas voces diferentes entreveradas en una cacofonía disonante y arrítmica, voces que pueden ser suaves o potentes, inseguras o nítidas y cuya fuerza peculiar o de conjunto reside en la densidad de cada una. De este modo, desorganizadamente, sin programa y en marcha dispersa los intelectuales chilenos nos vemos obligados a asumir con plena autonomía individual el papel relevante, aunque difuso, que nos corresponde frente a los variados desafíos que anuncia el nuevo siglo.